
¿QUÉ SE SIENTE?
PASIÓN FAE
LIBRO I
JENEANE O'RILEY

JENEANE O'RILEY

¿QUÉ SE SIENTE?

Traducido del inglés por Ankara Cabeza Lázaro

FAERIS

Título original: *How Does It Feel? Book 1 in the The Infatuated Fae series*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Sourcebooks LLC a través de International Editors & Yáñez Co' S.L

Diseño de cubierta © 2024 by Sourcebooks

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Del texto: Jeneane O'Riley, 2023, 2024
© De la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2024
© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-26-3
Depósito legal: M. 10.735-2024
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Para ti.
Mi intención no es que acabes esta historia,
sino que esta historia acabe contigo.

Queridos lectores,

Abrir un libro y poder escapar a un nuevo mundo es algo increíble. Un lugar donde las páginas se convierten en una manta acogedora de aventuras y emociones. Lo único más mágico, si cabe, es crear ese mundo acogedor y emocionante para vosotros. Mil gracias a todos y cada uno de vosotros por formar parte de mi historia.

Jeneane O'Riley

NOTA DE LA AUTORA

Quiero que disfrutes de este libro con cada fibra de tu ser. Quiero que escapes a un país de las hadas lleno de villanos, magia y diversión, pero solo siempre y cuando no ponga en riesgo tu salud mental.

Ten en cuenta que esta historia trata temas que podrían herir la sensibilidad de quienes se adentren entre sus páginas. **Entre otros, cabe destacar la presencia de escenas explícitas de violencia, abuso (físico, psíquico, emocional y verbal), secuestro, muerte, hospitalización, sexo y envenenamientos, las referencias a enfermedades mentales, huesos y serpientes y las muestras de lenguaje soez.** Si decides seguir leyendo (se cruje los nudillos y se gira para mirarte desde una silla de escritorio enorme y siniestra), entonces, espero que disfrutes de la primera novela de la saga *Pasión Fae.*

Jeneane O'Riley

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Like a Villain — Bad Omens
The Death of Peace of Mind — Bad Omens
You've Seen the Butcher — Deftones
Black Honey — Thrice
Make Believe — Memphis May Fire

(Capítulo 28)
Reach — Eternal Eclipse
Inferia — Eternal Eclipse

(Capítulo 29)
Born from Ashes — Eternal Eclipse

PRÓLOGO

Callie

El suelo húmedo de la mazmorra hacía que la minitabla de aperitivos de diminutos pedacitos de queso que había cortado se me desmoronase cada dos por tres. Supongo que el ladrillo suelto de la pared de atrás no tenía mucho de tabla, pero la rata que visitaba mi celda no se fijaría en ese detalle.

Me reí al ver lo mona que me había quedado con los trocitos de galleta salada y la miel que había guardado de la comida del día anterior. Me detuve en seco y me regañé por haber dejado escapar esa carcajada.

A la criatura no le gustaba que hiciese ruido. Cuando lo hacía, se despertaba. Me había dicho que me haría daño otra vez si volvía a interrumpir su descanso. Me pegué contra las sombras de la mazmorra, aunque ellas no me iban a proteger.

Me toqué la herida abierta y ensangrentada de la cabeza para recordarme lo que ese malnacido era capaz de hacer.

Tomé una profunda bocanada de aire al clavarme con saña una uña en la herida y mi pecho fibroso se distendió. Mordí uno de los grilletes de hierro que me rodeaban las muñecas para ahogar un grito y el sabor metálico de la sangre se mezcló con el del hierro que apretaba entre los dientes.

Bien. Todavía sentía algo. Una ligerísima parte de la tensión que me atenazaba abandonó mis músculos.

La cadena de hierro que unía los grilletes emitía un sonido metálico cada vez que hacía el más mínimo movimiento.

La oscuridad no tardó en engullirme y cerré los ojos con tanta fuerza que unas diminutas motitas de luz me salpicaron los párpados. La dura piedra de la pared se me clavaba en la piel. Me apreté más contra ella, rezando para que me tragara entera y me sacase de la espantosa mazmorra.

¿Lo habría despertado?

Se me escaparon un par de lágrimas mientras temblaba de pies a cabeza.

Joder. Joder.

Temblaba tan violentamente que temía despertarlo con el propio repiqueteo de mis huesos.

Como no guardes silencio, se despertará y volverá a hacerte daño.

CAPÍTULO 1

Callie

Deslicé las manos por el cuero calentado al sol de mi Chevy mientras pronunciaba un torrente de rápidas oraciones.

La vieja camioneta gorgoteó y se estremeció ante mi intento por arrancarla. Dejé escapar un rápido suspiro de alivio y me recosté contra el asiento hasta deslizarme un par de centímetros hacia abajo. No me cargaría mi historial. Ni un día tarde, ni un día ausente.

Estaba haciendo un buen trabajo.

Los neumáticos desataron un coro de crujidos al pasar por encima de las ramitas sueltas que cubrían la gravilla del camino de entrada cuando salí del sinuoso sendero y me alejé de mi preciosa casita de campo. Bueno, puede que llamarla «casita de campo» sea una exageración... y decir que es preciosa también, pero hablar de una cabaña me hacía pensar en un viejo refugio de caza en mitad de la nada. Mi casa era mucho, muchísimo más mona. Se la había comprado dos años antes por un precio regalado a un viudo calvo y barrigudo con una tendencia a matar más ciervos de cola blanca de lo que tenía permitido. ¿Había sido un intento de soborno? Tal vez. Se rumoreaba que yo estaba saliendo con Cliff, el guardabosques, y, en un pueblecito así, la gente estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de tener una ventaja sobre sus vecinos, sobre todo en lo que respecta a las cuotas de caza.

No podría culparlos si no fuera porque las cuotas estaban específicamente establecidas para ayudar a regular los ecosistemas. Cuando la gente decidía por su cuenta cuántos animales estaba bien matar, los programas de rehabilitación y las estadísticas siempre se iban al garete y causaban una infinidad de problemas. Tampoco le había servido de mucho, porque Cliff y yo no éramos pareja... y Paul, el viudo, murió a los pocos días de que le hubiese comprado la casa.

Agarré el volante de cuero con más fuerza al acordarme del atractivo guardabosques, pero enseguida me obligué a pensar en otra cosa. En realidad, nunca habíamos tenido una cita y nunca la tendríamos. Cuando el gobierno estatal me contrató para ocupar el puesto de bióloga ambiental en la reserva, Cliff fue uno de los pocos rostros amables que me encontré al llegar. Los vecinos de este pueblo de mala muerte no se tomaron nada bien que una científica estirada metiera las narices en sus asuntos (esto se lo oí decir yo misma a alguien en un restaurante de Maulberry) al exigirles que dejaran de arrancar el algodoncillo y endurecer las normas de caza. Al ser la única mujer trabajando en las reservas —aparte de Cecelia, del centro de recuperación de animales silvestres—, casi ningún hombre me tomaba en serio y, a los que sí me tenían en cuenta, los solían acusar de estar teniendo una aventura conmigo. En eso se resume la vida en un pueblo.

No recuerdo que mi pueblo natal tuviese la misma mentalidad, pero era prácticamente una niña cuando nos marchamos de allí.

Al ser una chica de veintinueve años soltera y sin hijos, con una larga y brillante melena de pelo rubio y una figura decente (como para no tenerla después de pasarme los días subiendo y bajando por las colinas de la reserva), las mujeres del pueblo parecían sentirse amenazadas por mí. Según ellas, mi objetivo secreto debía de ser o seducir a ese hatajo de maridos fofos y misóginos que tenían o quedarme con todos los solteros, quienes vestían como vaqueros y masticaban tabaco. Pensándolo detenidamente, era casi

un halago. Sin embargo, después de pasar dos años teniendo que lidiar con ello, lo que empezó resultando halagador, terminó causándome una sensación de... soledad.

Pensé en parar en la gasolinera para comprarme un café, pero enseguida cambié de idea. No me apetecía arriesgarme a que la camioneta no arrancase de nuevo. Además, el café era bastante malo, incluso para ser de gasolinera, y como tuviese que escuchar a los vecinos hablar otra vez sobre Earl el Loco, el borracho del pueblo, y su búsqueda de Pie Grande, iba a dimitir y mudarme a otro sitio.

Por suerte, cuando paraba en la gasolinera, solía ir acompañada de Cliff y él los callaba a todos durante un rato. No sé por qué, el guardabosques odiaba a Earl. A mí nunca me lo habían presentado formalmente, pero he oído suficientes historias sobre el borracho del pueblo como para escribir un libro.

Tomé nota mentalmente para buscar *Amanita muscaria* en el bosque que había detrás de la gasolinera. Eran hongos venenosos que, si bien no eran mortales al ingerirse en pequeñas cantidades, podían cambiarle el ánimo a alguien... como a Earl el Loco. Siempre estaba merodeando por el bosque que había tras la vieja gasolinera. Estaba a punto de dar la vuelta para ver si mi presentimiento era acertado cuando un revoltijo de plumas marrones se cruzó a toda velocidad por delante del vehículo.

Frené de golpe y la vieja camioneta rechinó y protestó con una nube de humo negro tan grande como un elefante antes de que se le apagara el motor. Aquel pedazo de chatarra inestable era peor que un hombre.

—¡Me cago en la mar, Dorothy!

Cerré la puerta de la camioneta de un bandazo a mi espalda y crucé el camino de tierra para llegar hasta la pava que siempre me seguía a todas partes.

Por fortuna, ya estábamos en el largo sendero que conducía hasta el centro de recuperación, así que podría encargarme de la destartalada camioneta más tarde. Dorothy estaba correteando

entre unas espadañas como una niña pequeña que hubiese escapado de las garras de sus padres. Tuvo suerte de que no la hubiese atropellado y que solo fueran las plumas del trasero las que le estaban haciendo sacudirse frenéticamente de aquí para allá como una instructora de zumba arrítmica.

Como me dirigía a la entrada trasera del centro, sabía que el camino estaría desierto, pero me aseguré de que no venía ningún coche más antes de dejarme caer en medio del camino de tierra. Me senté con las piernas cruzadas e intenté no posar la mirada en la humeante camioneta que tenía a mi izquierda. Si no pensaba demasiado en ella, a lo mejor conseguía volver a arrancarla.

En cuanto me senté sobre la polvorienta arenilla, la enorme pava adulta se abalanzó sobre mí para intentar sentarse en mi regazo. Unos alegres glugluteos y gruñidos inundaron su largo cuello y yo no pude evitar sonreír al ver al pájaro bobalicón acurrucarse contra mí. Era una de mis pacientes en el centro de recuperación. Aunque mi trabajo no consistía en cuidar animales, con tan solo una veterinaria en el edificio, había acabado ayudándola a tratar heridas a menudo. A mí no me importaba, porque elegiría la compañía de los animales mil veces antes que la de las personas.

—Venía expresamente para verte. No te habría hecho falta escaparte otra vez. Tienes suerte de que no te haya atropellado —la regañé y la acaricié con la nariz hasta que oí el crujido de la gravilla a mi espalda y agarré a la pava de ojillos pequeños y brillantes con más fuerza.

Levanté al enorme pájaro con cuidado de no hacerle daño en el ala herida y la llevé a un lado. Ni siquiera me molesté en levantar la vista, porque di por hecho que debía de ser Cecelia, que venía a buscar a Dorothy.

—Me debes cinco pavos —canturreó una voz masculina.

Reconocí la voz antes de ver la camioneta del guardabosques.

—Yo no te debo nada, Cliff Richards. Si eres tan bobo como para apostarte algo con Cecelia, entonces tendrías que pagarme tú a mí cinco dólares —le dije con una enorme sonrisa antes de acer-

carme a la camioneta Ford gris por cuya ventanilla se asomaba el atractivo hombre.

No podíamos tener un aspecto más distinto pese a llevar el mismo uniforme caqui y verde. A mí la camisa me quedaba enorme, como si se la hubiese robado a mi padre, mientras que el atlético Cliff parecía un modelo salido de un catálogo de ropa deportiva.

Me miró por encima de la montura dorada de sus gafas de aviador al extender la mano para acariciar las plumas del cuello de Dorothy. La pava se mostró nerviosa al principio y alejó la cabeza de su mano, pero acabó dejándose acariciar.

—Nunca he visto nada igual —dijo con total naturalidad y una sonrisa cegadora en el rostro sin afeitar.

A veces me recordaba muchísimo a quien fue mi mejor amigo en la ciudad. Había algo en su amable sonrisa o en su actitud carismática que me hacía acordarme de Eli.

No era momento de pensar en eso.

—¿A qué te refieres? —pregunté mirando a nuestro alrededor.

El ambarino brillo del sol había empezado a dar calor y tenía el nacimiento del pelo cubierto de gotitas de sudor. No veía el momento de dejar a Dorothy a la sombra del bosque o de devolverla al centro de recuperación, donde había aire acondicionado. Hoy iba a ser un día caluroso y el espacio entre mis pechos ya empezaba a empaparse de incómodo sudor.

—A ti, Callie. Todos los animales quieren pasar tiempo contigo, incluso los salvajes. Eres como una puñetera princesa Disney —dijo con una sonrisa y, por cómo me miraba, dejaba claro que los pavos no eran los únicos que querían estar conmigo.

Cambié el peso de una pierna a otra con incomodidad e intenté encontrar una manera educada de decirle que preferiría salir con Dorothy antes que con él. No tenía nada en su contra, ni mucho menos; era un gran amigo, pero me negaba a quedarme atrapada en este pueblo para siempre y tampoco acostumbraba a estrechar ese tipo de lazos con mis compañeros de trabajo.

—Difícilmente consideraría a Dorothy un animal salvaje —apunté a la vez que enterraba el rostro en el enorme pájaro.

Llevaba en el centro desde que era un polluelo, puesto que había nacido con un ala mal. Aun así, estaba haciendo grandes progresos con ella y todavía me quedaban un par de cosas por probar para conseguir que se recuperara por completo.

—Tengo que llevar a Dorothy adentro. ¿Nos vemos luego?

Emprendí la marcha hacia el nuevo edificio, pero la parte trasera de la camioneta de Cliff me cortó el paso cuando dio marcha atrás para avanzar junto a nosotras.

—¿Cómo vas a volver a casa, señorita científica? ¿Vas a construirte un par de alas para volar hasta allí? Esa camioneta está reventada. Te dije el mes pasado que no era seguro conducir con ella.

Cliff arqueó las cejas con altanería mientras seguía avanzando poco a poco marcha atrás y sin apartar la mirada de la mía.

—Es una suerte que no haga caso a todo lo que me dices —refunfuñé.

—Monta, anda, que os llevo hasta allí —dijo al interponerse en nuestro camino.

Dorothy volvió a ponerse nerviosa una vez dentro de la camioneta, pero no tardamos nada en llegar hasta el centro de recuperación, así que sabía que estaría bien. Dos minutos después de arrancar ya estábamos en la puerta trasera del edificio, donde los ladrillos pintados de blanco resplandecían bajo la luz del sol. Solo había otros dos coches en el aparcamiento delantero y uno era el de Cecelia. Al bajar de la camioneta, descubrí que tenía excrementos de pavo por todos los pantalones.

Magnífico.

Dejé al alborotado pájaro en el suelo y la fulminé con la mirada mientras me limpiaba, asegurándome de que supiera perfectamente que no estaba nada contenta con ella.

—¿A dónde vas? ¿Al lago? —le pregunté a Cliff antes de darme cuenta de que estaba al teléfono.

—Por fin ha pasado, Don. Se ha terminado de averiar. —Se giró para mirarme—. Lo sé. Díselo tú. A mí no me hace ni puto caso. ¿Y si envías a Wally a por ella? Venga, hombre, hazlo por mí. Consigue que esa chatarra vuelva a arrancar y os llevaré a los dos a pescar la próxima semana. Os enseñaré mi sitio *especial*. —Puso los ojos en blanco con expresión burlona antes de colgar—. Ahora sí que me debes una cena.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja que le otorgó a su rostro moreno un toque extra de encanto, aunque iba acompañado de una pizquita de arrogancia.

—Olvídate de la cena. Quiero ver ese filón secreto tuyo. ¿Sabías que se calcula que el índice de ejemplares de lubina habrá descendido un trece por ciento para la próxima primavera? —lo increpo.

Él puso los ojos en blanco.

—A ti no pienso llevarte a mi filón secreto. ¡Y menos si no me vas a dejar pescar! —exclamó fingiendo exasperación.

Para ser el guardabosques jefe, era increíble lo negligente que se mostraba con respecto a la conservación de las especies. No me sorprendía en absoluto que hubiesen tenido que contratarme.

—No seas bobo, no voy a impedirte pescar. Solo quiero estudiar ese punto en concreto. Si es una zona con mucha actividad, a lo mejor podemos recrear sus condiciones ambientales y fomentar la reproducción. —Al pronunciar aquellas palabras, me ruboricé y noté cómo se me calentaba el rostro—. Gracias por llamar a Don. La última vez me dijo que prendería fuego a mi camioneta antes de tener que volver a remolcarla. —Sonreí al recordar el encuentro con el mecánico el año pasado.

—Los jefazos del gobierno estatal no son tan malos, ¿sabes? Estoy seguro de que estarían más que dispuestos a darle a la científica remilgada un vehículo propio si les pudieras asegurar que te vas a quedar aquí más tiempo.

Su voz sonaba ronca y al final de cada sílaba se oía el fantasma cantarín de su acento.

—Ya, pero es que los patrones migratorios de las mariposas monarca no esperan por nadie. —Me quité una pluma de la manga de la camisa—. ¡En cuanto me llamen, partiré hacia México, nene!

Nada más decirlo, noté como la energía entre nosotros cambiaba. Recordé el motivo por el que no hacía amigos cuando me mudaba de un lado a otro.

Cuando me acababa marchando, ellos nunca lo entendían.

Había subido los escalones de cemento de la entrada trasera y me disponía a atravesar las enormes puertas de aluminio del edificio cuando Cliff volvió a hablar.

—Te recogeré a las seis, Callie Peterson. Le pediré a Tom que deje el Jeep aquí por si necesitas ir a algún lado. Ahora está cerrando las puertas de Clover Park.

—Si Tom me trae el Jeep, entonces, ¿para qué te necesito a ti? —le pregunté con una sonrisa a la vez que tiraba del pomo de metal para que Dorothy entrase.

Ella esperó pacientemente a que su sirvienta humana abriese la puerta lo suficiente como para que su amplio y plumoso cuerpo cupiese por el hueco y entró al edificio como si fuese la dueña del cotarro.

—Porque te voy a llevar a ver mi filón secreto. Ten preparados todos tus cuadernos de empollona, que yo me encargaré de conseguirte una caña de pescar. ¿Quieres salami en tu bocadillo? —me gritó mientras retrocedía.

Puse los ojos tan en blanco que creí que se me quedarían atascados para siempre en esa posición.

—¡Si invitas tú, lo quiero con extra de salami!

No quería darle falsas esperanzas ni confundirlo, pero no tenía muchos amigos y, aunque nunca dejaba que nadie me conociese demasiado, a veces me sentía un poco sola.

—¡Callie Peterson, deja de ligar y entra aquí ahora mismo! —La voz gastada de Cecelia retumbó por la parte trasera del edificio con un tono ligeramente angustiado.

—Ya voy. ¿Qué pasa?

Al meter a Dorothy en su corralito abierto, vi que había un par de plumas sueltas en el suelo. Debió de volar para saltar la verja y escapar, lo que significaba que la tintura que elaboré la semana pasada estaba funcionando.

Llegué casi dando saltitos de alegría hasta las puertas dobles de la parte delantera del edificio y, nada más abrirlas..., se me escapó un grito.

UNA OBSESIÓN PROHIBIDA.
UNA FIRME LEALTAD FAMILIAR.
TRES RETOS MORTALES.

Tras una nefasta expedición en busca de unos hongos poco comunes, la bióloga Callie Peterson acaba cayendo a través de un portal mágico y aterrizando en brazos del príncipe de la Corte Oscura. El peligroso, perturbado y retorcidamente atractivo príncipe de la Corte Oscura. El fae está convencido de que la chica no es una científica, sino una asesina enviada por los humanos para matarlo, y por eso le impide abandonar su reino. Sin embargo, en contra de su voluntad y contra todo pronóstico, comienza a obsesionarse con ella.

En el corazón del príncipe Mendax no había nada salvo odio hasta que posó sus ojos en ella, en la despreciable asesina. Sabe que la humana ha venido a acabar con él, pero su belleza es un despiadado parásito que se ha hecho un hueco en su mente y se niega a dejarlo escapar. Mendax arde en deseos de sentir la suavidad de la piel de la chica, pese a que los miembros de la familia real oscura preferirían morir antes que tocar a un humano con las manos desnudas. Es un sentimiento peligroso. Si no se libra de la chica pronto, podría convertirse en la única criatura capaz de destruirlo.

Mendax tiene que deshacerse de ella…, pero también debe ofrecerle un buen espectáculo a su pueblo. Por eso le propone a Callie tres retos mortales.

Si sobrevive, Callie será libre.

¿Y si no? La cólera del fae será terrible.

ISBN: 978-84-19988-26-3
Cód.: 5310036
9 788419 988263

FAERIS